

mente en esta revista, aunque algunas veces con la rigidez y el dogmatismo que escribe su pluma, pero repugna a su espíritu. Ellas manifiéstanse en estas obras reproducidas: sencillez y sobriedad -producto tal vez de su carencia de imaginación-, temas rústicos y populares transformados -no tanto como él quisiera, por la misma razón-, tendencia a lo pintoresco. Los errores y defectos, seguramente numerosos, no los hemos de señalar nosotros, modestos aficionados, a los técnicos que constituyen el gran número de lectores de esta revista.

Sobre Gaudí. RA-11

7.1 > Ramiro de Maetzu - RA-11 1919

Gaudí es el arquitecto del naturalismo. Ya sé que la definición disgustará a sus admiradores. Ello depende de que los naturalistas no son amigos de las definiciones. Si fueran amigos de las definiciones no serían naturalistas. Es naturaleza todo aquello que está por definir.

Gaudí es el hombre más discutido por todos los vecinos y visitantes de Barcelona. Y es natural. Gaudí ha intentado dotar a la Barcelona moderna de una arquitectura original y esta es la empresa más atrevida que puede concebir la mente humana. Cada siete u ocho siglos producen los hombres en algún rincón de la tierra una arquitectura original. Ni siquiera las epopeyas se producen más de tarde en tarde.

Pero, en realidad, no se debiera discutir a Gaudí, como arquitecto al menos. El talento del hombre es tan notorio que se impone hasta a los ciegos. Un ciego inteligente conocería por el tacto las obras de Gaudí. Y es que Gaudí no se ha contentado con intentar, sino que ha realizado lo que se proponía.

Ello supone un talento enorme, un conocimiento perfecto de los materiales y de sus efectos plástica, un energía heroica que le ha permitido afrontar las críticas adversas durante años y docenas de años.

Para convencerse de que ha realizado lo que se proponía basta contemplar la famosa casa de Milá, en el paseo de Gracia. Es una casa moderna, casi una manzana de casas que no se parece a ninguna otra del mundo.

Hace esquina a una plaza. ¿Expresaría mi expresión diciendo que recuerda con cinco pisos y sus ventanas innumerables en forma de cavernas las grutas horadadas en la arena de un monte cortado a pico, tal como el que a distancia se contempla desde la estación de Calatayud?

Pero no es esto solo. Cada ventanal avanza hacia la calle en líneas curvas, que no son circulares ni elípticas, y se recoge en otras curvas cóncavas para enlazarse con la ventana siguiente. Cada piso figura el movimiento ondulante de una ola a lo largo de un amplio golfo en un océano embravecido.

La impresión de conjunto es la de un océano cavernoso, la de una Atlántida habitable. ¿Está justificada la definición del arquitecto del naturalismo? El pueblo dice cosas raras. Cuenta, por ejemplo, que en esta casa nueva pueden subir los automóviles hasta el quinto piso, pero hemos de suponer que esta historia pertenece a la mitología porque la casa inspira al pueblo ideas extrañas. Hay quien añade que por las cavernas de las ventanas penetran las serpientes.

Ahora bien; una casa semejante no puede ni idearse sin que Gaudí conozca los principios de la arquitectura tan excelentemente, y más excellentemente, que cualquier otro arquitecto moderno, porque es mucho más difícil realizar en piedra estas ideas que una idea corriente.

El Sr. Gaudí parece odiar todo lo que es geométrico, o por lo menos, todo lo que pertenece a la geometría elemental de Euclides: la línea recta, el círculo, la elipse, el arco gótico, el arquitrabe, el ángulo recto, el plano, la columna griega, el arco romano.

Todo esto pertenece al reino de lo humano, ya que el hombre se diferencia de lo que no es hombre en haber inventado la rueda -no hay en toda la naturaleza cosa ninguna que marche sobre ruedas como no haya hombres que la fabriquen- y en haber descubierto que dos y dos son cuatro.

Esto de las ruedas y del dos y dos son cuatro pertenece al reino de la lógica y el Sr. Gaudí parece odiar la lógica. El Sr. Gaudí es el hombre de su época. Su época es la de los españoles que odiaron todo lo que es la lógica, artificio y convención. Fueron todos ellos historicistas, psicólogistas, naturalistas. Volvieron la espalda a las constituciones racionales, al pensar racional, a la política racional y se lanzaron a buscar las espontaneidades populares y las expresaron en novelas, como Pereda; en teatro como "Serafí Pitarra", Feliú y Codina y Guimerá, y en anhelos de reconstrucción histórica, como el Costa de su primera época y Menéndez y Pelayo.

Este movimiento romántico cubrió toda Europa durante más de medio siglo, pero sólo a Gaudí se le ha ocurrido darle expresión arquitectónica. En los demás países se limitaron los románticos a admirar las catedrales góticas y a menospreciar la arquitectura clásica. Sin duda les parecía que un

templo dórico era una cosa demasiado sencilla para suscitar admiraciones. En esto se equivocaban. El arte griego era muchísimo más complejo que el arte medioeval, precisamente porque parecía más sencillo, como la prosa de Anatole France es mucho más compleja que la de Laurent Tailhade, por la misma razón.

Como nuestro plano visual es cóncavo, y no recto, es necesario que las cosas sencillas sean muy complicadas para que parezcan sencillas.

Una línea recta horizontal algo extensa no nos parece recta si se prolonga en toda una manzana de edificios, sino que nos parece que se hunde levemente por el centro. Una serie de columnas en torno a un edificio no nos parecen equidistantes si en efecto lo son, porque nos parecerá que las de las esquinas se ensanchan, como el arquitecto no haya contado con esta ilusión óptica. Dos líneas verticales y paralelas nos parecerá que se separan en lo alto, como el arquitecto no las acerque artificiosamente. De ahí la inmensa complejidad del Partenón, en que la talla de cada piedra ha tenido que ser calculada en milímetros para que produjera la ilusión de la perfecta horizontalidad de la fábrica y de la perfecta verticalidad y la perfecta equidistancia de las columnas, cuando la fábrica no se levanta sobre un plano horizontal y las columnas no son verticales, ni equidistantes, según lo han comprobado las medidas precisas de sus ruinas. La mayor complejidad del arte gótico es sólo aparente. Pero tampoco se ha contentado el Sr. Gaudí con el arte medioeval, sino que ha buscado motivos para su arquitectura en las fantasías de la naturaleza, al modo con que Costa buscaba la justicia en los caprichos populares ó en el poema del Cid ó como se ha querido encontrar en El Alcalde de Zalamea.

Ante la realización de este intento no hay más remedio que rendirse admirativamente. No cabe dudar que el Sr. Gaudí ha hallado un ritmo nuevo, un ritmo de mar y de montaña para una casa de alquiler.

El triunfo del arquitecto es absolutamente indiscutible. Lo que puede discutirse es la filosofía e que el Sr. Gaudí se ha inspirado. He oído decir -y no me extrañará que sea exacto el dicho porque se acuerda con su arquitectura- que el señor Gaudí no admira a los griegos, que los halla poco complejos: "No conocía el remordimiento" -creo que ha dicho a un amigo mío.

Y es claro que pecar y arrepentirse es cosa más compleja que la de pecar sin darse cuenta de que se ha pecado. Pero hay una cosa más compleja que el pecar y arrepentirse, que es sentir la tentación de pecar, darse cuenta de ella y refrenarla antes de haber cedido. Así era Milton. Así hay centenares de miles de puritanos en Inglaterra y Alemania.

Sólo que estos puritanos suelen enorgullecerse de no haber pecado y se pavonean de ser ellos los pueblos. Aun cabe mayor complejidad. Sentir la tentación, no caer en ella y seguir siendo humildes. Y así eran los griegos.

La construcción moderna y los refinamientos de la arquitectura medieval. -W. H. Goodyear. {Brooklyn Museum Quaterly, V, 1918.). RA-32

8.1 >RA-32 1920

Opina que la técnica de los albañiles y canteros modernos hace imposibles las deliberadas faltas de simetría que se observan en las construcciones de la Edad Media. Refinamientos tales, como las diferencias de espaciado en las arquerías del románico italiano, los presbiterios torcidos del románico y gótico, o los desplomes hacia afuera de las fachadas (catedral de Peterborough) que se usaban para evitar el efecto de monotonía, eran posibles por la destreza especial para ejecutarlos adquirida por los obreros. En la actualidad serían muy difíciles y costosísimos.

La aparición de los primeros Sindicatos de la construcción. Revista: Garden Cities & Town Planning.

RA-37

9.1 >RA-37 1922

Los Gremios de Construcción son enteramente un nuevo tipo de organización industrial. Uno de sus principios fundamentales es el establecimiento del poder democrático en la industria. El poder último "descansa en el pueblo que lleva a cabo

el trabajo y no en el que lo paga". El Gremio garantiza los jornales a sus trabajadores durante el tiempo lluvioso, los hielos, las enfermedades y los días festivos, y consagra el total del exceso de sus ganancias no a dividendos, sino al perfeccionamiento de los servicios. El capital es